

Rubén González Cuerva, *Maria of Austria, Holy Roman Empress (1528-1603)*, Routledge, London and New York, 2022, 308 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihmc.43.2023.950-952>

Hija, esposa y madre de emperadores, hermana del rey católico y carente hasta ahora de una biografía que tuviera un alcance que permitiera, a partir de un exhaustivo análisis de su figura, conocer los procesos que se llevaron a cabo en su contexto.

El estudio desarrollado sobre la emperatriz María por Rubén González Cuerva logra trascender la biografía clásica, mediante la que se trazaba un retrato del sujeto biografiado, para aplicar el método biográfico que muestra a la protagonista en su medio, a la vez reflejo y consecuencia de los avatares de su tiempo, de los que ella participó como agente activa.

El libro se encuentra escrito desde la madurez adquirida como investigador por parte de su autor, con una importante trayectoria a nivel internacional. Ésta le ha abierto las puertas a conocer información conservada en documentos redactados en distintas lenguas, en instituciones de los países en los que hoy han derivado las potencias y territorios sobre los que en su momento intervino directa o indirectamente la emperatriz. Asimismo, se apoya sobre una amplia, a la vez que específica bibliografía, destacando la impronta de los estudios alemanes, tradicionalmente de escaso uso dentro de la historiografía modernista española, que ha mantenido una mayor proximidad con las historiografías francesa e italiana, dados los orígenes lingüísticos comunes.

El estudio se compone de nueve capítulos, precedidos por una introducción y cerrados con unas conclusiones, en los que se presenta la figura de la emperatriz María como pieza clave en el tablero de juego europeo de la segunda mitad del siglo XVI, trascendiendo y configurando mediante infinitas aristas la extendida simplificación de la concepción de la infanta hispana actuando en el Imperio y la emperatriz austríaca con presencia dentro de la Monarquía hispánica. Al contrario, González Cuerva traza una figura poliédrica y compleja, teniendo en cuenta los más actuales presupuestos conceptuales y metodológicos aplicados a una figura femenina con autoridad.

Cada capítulo analiza una etapa distinta de la vida de la emperatriz, comenzando por su infancia, lo que para ella significó la orfandad a una edad

temprana y las directrices sobre las que se llevó a cabo su educación. Criada en la tradición castellana, pero fuertemente influida por el círculo portugués que mantuvo su madre durante toda su vida, adquirió una serie de aprendizajes en comunión con los de su hermano, el futuro Felipe II, hasta que la muerte de la emperatriz Isabel, supuso un distanciamiento definitivo entre el príncipe y la infanta, marcado por los roles que, según su sexo, les tocaría desempeñar dentro de su dinastía.

Rápidamente se pudo observar el desinterés de la niña por las letras, al mismo tiempo que se fortalecía una vertiente espiritual que le llevó a tomar una temprana iniciativa por el patronato religioso y a dar los primeros pasos como protectora de la Compañía de Jesús.

Llegado el momento, debió cumplir con el papel que le venía asignado por nacimiento, servir de pieza que ser movida en el terreno de juego internacional. Así, mediante su matrimonio se convirtió en esposa de su primo, quien ostentó la corona imperial como Maximiliano II. Fue a partir de entonces cuando gozó de sus primeras cotas de poder, convirtiéndose en gobernadora de los territorios de la Península Ibérica, cuyo gobierno asumió en solitario con la partida de su esposo al Imperio. Se entra aquí en un asunto clave dentro del estudio, la definición del ejercicio del poder, de la autoridad, reflejada en este período en un ámbito específico y fundamental, mediante la configuración de su Casa. Dicha autoridad, como atributo, se mantuvo constata a lo largo de la vida de la emperatriz, aunque sufrió los cambios requeridos a la hora de su ejercicio, según las necesidades lo fueron precisando.

Finales del año 1551 constituyó un momento crucial, aquel en el que abandonó la Península para no volver hasta treinta años después. Durante esa etapa, cabe destacar cómo se encargó de la educación de sus hijos e hijas en el catolicismo, convirtiéndose en la férrea defensora de la confesión católica, rodeada por una casa configurada fundamentalmente por personal de raíces hispanas, con el que mantener presente en la corte de Viena sus raíces. Todo ello, pese al rechazo que llegaba a generar en su marido, quien no siempre tuvo intereses afines a los de los Habsburgo hispanos.

No obstante, su ejercicio como mediadora fue fundamental, tanto con los embajadores de su hermano, Felipe II, como con los nuncios del Papa, en una compleja problemática de catolicismo *versus* protestantismo, que enfrentaba a la Monarquía de su hermano y al Imperio de su esposo. De este modo ejerció como negociadora o mediadora, árbitro, en definitiva, en situaciones difíciles de dirimir en el terreno de la política internacional, entre el emperador, el rey católico y el papa.

Por otra parte, como madre no dudó en desarrollar una fuerte política dinástica. Intervino en la toma de decisiones relativas a los matrimonios de sus hijos, y también lo hizo mediante otros canales para dotarles de puestos de gobierno. Sin embargo, esta influencia mediante la que trazar los destinos de sus hijos se encontró con resistencias externas e internas, en el caso de quienes decidieron en determinados momentos seguir su propia voluntad. Pese a ello se convirtió en la *matriarca* para los suyos y todos aquellos de la nación española que llegaban a Praga y solicitaban su ayuda e intervención.

Su deseo de regresar a la Península tras enviudar se dilató, viéndose envuelta entre los distintos intereses de los varones de su familia. Finalmente, y tras tres décadas, regresa a Madrid para ingresar en el monasterio de las Descalzas Reales, fundación de su hermana Juana. Desde allí continuó interviniendo en los asuntos que forjaron su figura con la ambigüedad de una mujer que se debía a dos realidades, la hispana y la imperial. El autor realiza aquí un análisis propio de quien aborda un tema conocido<sup>1</sup>, el de las facciones cortesanas adquiere un protagonismo que nos permite comprender la última etapa del siglo XVI.

La muerte de Felipe II condicionó los últimos años de vida y el ejercicio de la autoridad tal y como la había venido desarrollando la emperatriz. Lerma buscó apartarla de su nieto, Felipe III, mediante una estrategia que se refleja en el acontecimiento del traslado de la Corte a Valladolid, historiográficamente banalizado. Por su parte, en lo relativo al Imperio, su relación distante con su hijo Rodolfo II, la mantuvo en un segundo plano respecto a la cuestión sucesoria.

Las conclusiones van más allá de la mera síntesis, y a través de un agudo análisis, aquel que trasciende la literalidad de las fuentes, Rubén González Cuerva sintetiza asimismo sus orígenes como historiador. Se aleja de la definición del ejercicio del poder informal por parte de las mujeres, en el que tantas veces se ha recaído cuando el enfoque analítico procedía desde la construcción del Estado, mostrando la indispensabilidad de tener en cuenta las complejas dinámicas cortesanas.

NATALIA GONZÁLEZ HERAS  
<https://orcid.org/0000-0002-0876-4174>  
Universidad Complutense de Madrid  
[nataliagh@ghis.ucm.es](mailto:nataliagh@ghis.ucm.es)

---

<sup>1</sup> GONZÁLEZ CUERVA, Rubén y KOLLER, Alexander (eds.), *A Europe of Courts, a Europe of factions. Political groups at Early Modern centres of power (1550-1700)*, Leiden, Brill, 2017.